

Cuando mi nombre era Pablo*

Carlos Victoria

I

Hay gente cuya vida es como una novela. La mía es una de esas. Pero nunca antes me atreví a contarla.

Según mis cálculos de adolescente, iba a ser una novela breve; siempre pensé que me iba a morir joven, que cuando más llegaría a treinta años. Pero a los treinta, en vez de morirme, logré salir de Cuba. En cierto modo, fue como una muerte, o mejor dicho, una segunda vida. Sin embargo, muy pronto comencé a hacerme trizas. Cumplí 40 y todavía vivía, si es que a esa época le conviene ese verbo; desde los 37 dormía bajo los puentes, o en portales, o en cuartuchos repletos de tipos como yo. Una vez, durante dos semanas, viví solo en un vagón de un tren: el mejor momento de mi vida de *homeless*. A los 41 sí morí de verdad, cuando sufrí un atroz accidente. Un camión de una empresa con fama en todo el mundo (no viene al caso que revele su nombre), a una velocidad descomunal, me atropelló al bajar de una autopista. Estuve muerto, dicen, durante unos minutos. Pero resucité, o me resucitaron. Pasé meses hospitalizado, en coma, entré y salí innumerables veces de salas de terapia y cirugía, y un día me desperté con un rostro distinto. Ni yo mismo pude reconocerme al verme en el espejo. Gracias a un abogado me volví un hombre rico; compré una casa junto al mar, cerca de Cayo Hueso. Las gaviotas comían en mi portal. Luego me mudé para un apartamento en Miami Lakes, con una vista a un lago. Fue entonces cuando me decidí a viajar a Cuba. Fui impulsado por el amor y el odio, protegido por mi nuevo rostro, con el fin de atar cabos, de obtener respuestas, y también de vengarme. Fui y regresé.

Y hoy me llegó el momento de contar mi historia.

Cambié el mar por un lago. Me cansé de tanta inmensidad, de esa masa de invisibles fronteras, amorfa, abrumadora, en la que no es posible concentrarse en un sitio, trazar con la vista un camino que vaya de una punta a la otra. El mar sólo dispersa. Por el contrario, un lago es accesible; su tamaño modesto me recuerda a mí mismo en este

* Primer capítulo de una novela en preparación.

día de hoy. El mar recuerda a la totalidad de una vida humana, vasta e inexpressable, secreta e inasible, sin razón ni contornos. El lago es un fragmento de esa vida. Puede abarcarse con una mirada. El lago es el momento. Tiene principio y fin.

Quiero contar mi historia como el que describe una serie de lagos. Es la única manera que tengo de hacerlo. Desde joven quise ser escritor, pero me faltaba la imaginación: podía hablar solamente de mí mismo. Eso a la larga me paralizó. Voraz lector, me sumergí en el mundo de los libros, como el que se sumerge en un océano, y al final salí seco, en lugar de empapado. No sé cuántos libros he leído. Miles y miles. A la hora de escribir imité algunos. Muy pronto me di cuenta del fracaso; me resigné a lector. Hasta hoy.

El hecho de volverme otra persona, un proceso que comenzó, como dije al principio, cuando hace quince años abandoné Cuba, al que contribuí al cambiar mi nombre (al nacer me pusieron Pablo Daniel, y en Cuba todos me conocían por Pablo; al llegar al exilio me quedé solamente con Daniel) y que culminó con el accidente que me deformó el rostro y con la operación en la que cirujanos crearon a partir de un destrozamiento mis nuevas facciones, y también, por qué negarlo, con el cambio de estatus que me proporcionó la enorme cantidad de dinero que recibí como indemnización cuando mi abogado le ganó el pleito a la célebre empresa dueña del vehículo que me desbarató; el hecho de convertirme en otro, repito, me ha dado fuerzas para escribir de mí. Tal vez, precisamente, porque el *mí* ya no es *yo*, sino *él*. ¿Será éste el requisito de la literatura? No lo sé, ni quiero averiguarlo. No soporto los dogmas, que sólo sirven para aumentar mucho más la distancia, ya de por sí notable, entre las personas. Sólo puedo decir que en mi caso ha sido necesaria esta transformación para esbozar al fin estos lagos aislados a los que puedo, quizás con pretensión, darles el nombre de autobiografía.

Me gustaría omitir, si esto fuera posible, los lagos de mi infancia. Están tan lejos que se han desdibujado. No son lagos; son charcos. Pequeños y enturbiados. Se evaporan al sol. Son sólo superficie.

Pero si no los cruzo, o trato de cruzarlos, no podría llegar a los otros, en los que nadé, floté, me zambullí hasta el fondo, muchas veces con riesgo de perder la vida.

Empezaré por una escena simple: una noche de vigilia evangélica en el campo.

¿Qué hace este niño de siete u ocho años en un potrero oscuro de Camagüey, rodeado de sombras que lloran, ríen o cantan? No hay luna, solamente el remoto fulgor de las estrellas. Ralas nubes se unen y se deshacen. Me encuentro de rodillas en la hierba enchumbada de relente, a la intemperie, con el pantalón cundido de guisajos, hablando, como me ha enseñado mi tía pentecostal que gime junto a mí, con Dios o Cristo o el Espíritu Santo. No acabo de entender la diferencia entre estas tres personas, que no aparecen por ninguna parte. El pastor de la iglesia, un cuarentón de pelo enmarañado, anda con un farol de un lado para otro, reprendiendo demonios, exhortando al arrepentimiento, a la sinceridad, a la pureza. Este hombre, que uno podría confundir con un loco, me pone la mano en la cabeza y grita:

— ¡Ten piedad de tus santos inocentes!

Estremecido por el apretón yo alzo la voz también, diciendo no recuerdo qué, posiblemente pido el perdón o la gracia como les he oído pedir a los demás creyentes, sin saber ni a derechas qué quieren decir esas palabras, dudando además que

esas tres figuras, invisibles y raras, me presten atención, a pesar de que mi tía siempre me ha repetido que soy un elegido, porque Dios ama sobre todo a los huérfanos, y mi madre murió al yo nacer y mi padre jamás quiso saber de mí.

Dudo que Dios me oiga, pero sigo hablando. Allí me empezó el gusto de hablar conmigo mismo.

Se oyen tiros en la lejanía, por la zona donde está el cuartel de los soldados de Batista. Cuentan que por ahí andan, en grupos, los alzados. Pero nosotros no tenemos por qué tener miedo, porque el Santo Espíritu nos brinda protección. Más miedo, nos insiste el pastor, hay que tenerle a la vida mundanal. Así dice. Los protestantes, como todo grupo de gente obstinada que se cree superior a las demás, se empeñan en crear un lenguaje muy suyo. La vida mundanal incluye sobre todo las tentaciones de la débil carne. Yo, como niño, todavía estoy a salvo.



A carabina.

(Serie: Hombres, machos, marineros).
Óleo sobre tela, 140 x 150 cm., 1999.